

## *La descomposición. Configuraciones de la crisis del 2001 en la narrativa argentina reciente (El año del desierto de Pedro Mairal)*

SÁNCHEZ, Silvina / UNLP-CONICET – [silvina\\_sanchez80@hotmail.com](mailto:silvina_sanchez80@hotmail.com)

*Eje: Literatura argentina*

*Tipo de trabajo: ponencia*

---

» *Narrativa argentina – crisis – experiencia*

› **Resumen**

El trabajo se propone, en primer lugar, indagar los vínculos entre la narrativa argentina y la historia reciente del país, especialmente los acontecimientos de diciembre del 2001, a partir del análisis del estado de la cuestión; y, en segundo lugar, explorar los modos en que se configura la experiencia de la crisis en *El año del desierto* de Pedro Mairal. En este sentido, se pretende avanzar en el conocimiento de las tendencias y problemas del campo literario argentino de las últimas décadas, así como también de las exploraciones estéticas producidas en la denominada “nueva narrativa”.

Se postula como hipótesis inicial que tanto los vínculos entre cierta zona de la literatura argentina y la crisis del 2001 como las configuraciones de esta experiencia en *El año del desierto* pueden pensarse a partir de la figura de la descomposición. La zona de mayor productividad en la denominada “literatura post 19 y 20 de diciembre” (Hernaiz) sería aquella que hace de la literatura espacio privilegiado de descomposición. Esta literatura des-compone las referencias e imágenes reconocibles, los discursos y versiones repetidas por la doxa y los medios de comunicación, los modos de la representación realista, los géneros como el fantástico y la ciencia ficción —reelaborados a partir de estrategias de distanciamiento y múltiples desvíos. Por otro lado, también la figura de la des-composición nos permite conjeturar que aquello que hace de *El año del desierto* una propuesta estética singular puede vincularse con su construcción compleja y anómala de las temporalidades.

Son varios los escritores y críticos que, al reflexionar sobre la Argentina de los últimos

años, otorgan centralidad a los sucesos de diciembre del 2001, quizás porque a partir de esos días, y de todo lo que ellos significan y condensan, muchas cosas no pudieron seguir funcionando tal como lo venían haciendo, a la vez que se abrió la posibilidad de que ocurriera lo antes impensado o imprevisible. Cuando Sebastián Hernaiz se propone concebir lo actual como aquello que hace del hoy algo distinto del ayer, en términos históricamente situados, se detiene en el 19 y 20 de diciembre de 2001 porque considera que “sin pensar esos días se pierde algo del ser social de hoy” (2006).<sup>1</sup> Asocia esa fecha con las manifestaciones, el proceso asambleario, el “que se vayan todos”, emergencia de un grito de radical voluntad de negación del estado de las cosas, que supone que todo podía ser redefinido. Entonces Hernaiz (2006) postula la categoría de “literatura post 19 y 20 de diciembre” para referirse a un conjunto de textos que no podrían existir sin ese acontecimiento, es decir una literatura que, al menos en alguna de sus dimensiones, establece un diálogo con el 2001, ya sea reescribiéndolo, buscando allí sus materiales, intentando narrarlo. También Elsa Drucaroff considera que los sucesos del 19 y 20 de diciembre significaron un quiebre de radical importancia, sobre todo para las generaciones más jóvenes: “el único acontecimiento nacional, en un sentido narrativo, que puede registrarse desde el comienzo de la democracia” (2006). Más allá de los resultados que esa fecha puede haber producido y de las evaluaciones que pueden hacerse de lo que vino después, Drucaroff considera que en su momento significó una experiencia vital: no solo fue “la primera vez que los jóvenes vieron pasar un tren en marcha, la locomotora de la historia pitando con urgencia, invitando a sumarse”, sino que además, y como consecuencia de lo anterior, abrió para ellos “la necesidad posible de contar otra cosa” (2006). Entonces Drucaroff entiende al 19 y 20 de diciembre como el comienzo de un dispositivo que pone en marcha relatos y que demuestra su productividad en varios escritores nuevos, aún cuando esto no implique una tendencia que englobe toda la producción narrativa actual, por demás variada y heterogénea.

Al momento de pensar las producciones que se vieron impulsadas, posibilitadas, promovidas por esa experiencia, los autores deslindan grupos de textos o tendencias con características disímiles. Hernaiz (2006) distingue dos líneas básicas dentro de esa zona: por un lado, textos que trabajan a través de la reposición de elementos que forman parte del saber público y así remiten directamente al 19 y 20 de diciembre; además recuperan procedimientos del realismo clásico y tienden a funcionar como reproducción de la

---

<sup>1</sup> Los textos de Sebastián Hernaiz, Elsa Drucaroff y Marina Kogan fueron publicados en la revista digital *El interpretador*, todos incluidos en el dossier presentado en el número 29 (2006), el cual trabajó los vínculos entre diciembre del 2001, la literatura y otros discursos sociales —aunque el ensayo de Drucaroff había aparecido en una edición anterior de la revista (número 27, junio de 2006)—; por estas características de edición no disponemos de números de páginas para indicar la ubicación de las citas.

segmentación significativa que operó la televisión y los medios masivos de comunicación. En esta primera línea Hernaiz incluye a *El grito* de Florencia Abbate, *Las viudas de los jueves* de Claudia Piñeiro, *El último fin* de Leonardo Levinas y *El cuerpo de las chicas* de María Inés Krimer, junto con algunos momentos de la antología de *La joven guardia*. Por otro lado, una segunda línea constituida por textos que omiten el anclaje en las fechas exactas, pero que se cargan de significaciones no solo en la referencia a los imaginarios ya establecidos, sino en el modo en que trabajan la escritura y por cómo se rearticulan en el lenguaje del texto las series políticas y sociales; aquí Hernaiz destaca *Plop* de Rafael Pinedo, *El año del desierto* de Pedro Mairal, *Ampere* de Juan Incardona, *La novela rosa* de Diego Cousido, *Hambre de piel* de Alejandro Alfie, “Hoy” de Karla Kastellozzo. Por otra parte, Marina Kogan (2006), recuperando esta distinción realizada por Hernaiz y poniéndola en serie con la propuesta de Ariel Schettini de realizar un trabajo aún pendiente sobre el modo en que la literatura argentina se constituye como crítica de la representación, se detiene a analizar *Las viudas de los jueves* en contraposición con *Plop* y *El año del desierto*, estas dos últimas pensadas en continuidad.<sup>2</sup> Kogan parte del presupuesto de que no basta la representación realista para narrar sucesos que en lo real desmantelaron nuestros límites de lo verosímil, entonces *Las viudas de los jueves* merece su desvalorización por ser “un relato hiperrealista”, “conservador, sin ningún riesgo ni búsqueda original”, apegado a la versión mediática de los sucesos, “una novela para lectores de diarios”. En cambio, los textos que encuentra interesantes y dignos de valoración son aquellos que encierran un debate de versiones —la mediática versus la literaria—, que cuestionan o reescriben las formas hegemónicas de representación. En este sentido, también Miguel Dalmaroni indaga los modos en que la nueva narrativa argentina ha sido capaz de interrogar la experiencia histórica y organiza un “corpus tentativo” donde incluye las novelas *Miles de años* de Juan José Becerra, *El grito* de Florencia Abbate y *Colonia* de Juan Martini; junto con el unipersonal *Apocalipsis mañana* del dramaturgo Ricardo Monti; contrapuesta a este corpus, en sus antípodas, aparecería la “novela turística” *El cantor de tango* de Tomás Eloy Martínez. Lo que le interesa especialmente de este corpus tentativo es que los textos coincidan en “contradecir por la fuga y por el vaciamiento de significado, no por la confrontación, las subjetividades políticas y sociales previstas, política y periodísticamente correctas” (2007, p. 21).

De este modo vemos que, según un consenso de la crítica, la crisis del 2001 funciona como disparador para producir una literatura que intenta configurar de algún modo una experiencia particularmente densa. Ahora bien aquello que permite organizar los textos en

---

<sup>2</sup> La propuesta de Schettini fue formulada en “Osvaldo Lamborghini, la Argentina como representación”, trabajo leído en el marco de las Jornadas de Discusión “Realismos” (Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional de Rosario, diciembre de 2005), y luego publicado en el número 22 de *El interpretador*.

zonas, líneas y corpus es cómo se construye esa experiencia: el modo de narrar lo social persiste como un interrogante que permite distinguir entre exploraciones y apuestas diferentes. Aún cuando las clasificaciones y series no coincidan, podemos observar la recurrencia de algunos problemas, tensiones y dicotomías que reaparecen en las interpretaciones y valoraciones críticas reseñadas, de modo tal que estarían atravesando esa zona de la literatura vinculada con la experiencia del 19 y 20 de diciembre y nos permitirían caracterizarla.<sup>3</sup> En primer lugar, una cuestión recurrente es **cómo se trabaja la dimensión referencial, o los modos en que son apropiados y/o reelaborados los materiales sociales e históricos reconocibles**, estableciéndose las oposiciones directo-indirecto, interno-externo. Los textos oscilan entre la remisión directa a las fechas, acontecimientos e imágenes que son parte del imaginario y del saber social sobre la crisis del 2001 y una tendencia a trabajar la dimensión referencial de modo indirecto, a través de diversos desvíos, alusiones y deslizamientos —aunque no debemos dejar de consignar que muchas veces pueden observarse usos mixturados de las dos modalidades. El vínculo con el 19 y 20 de diciembre opera desde el interior de los textos, porque estos incorporan los sucesos e imágenes del 2001 como material constituyente de sí y lo reelaboran, o funciona como algo exterior, por ejemplo a partir de la reposición de anécdotas o de citas acríicas de las noticias (Hernaiz, 2006). En segundo lugar, se insiste en pensar **los diálogos de la literatura con otros discursos y versiones**, cómo se posiciona frente a la proliferación de las voces del intercambio comunicativo, de la doxa, de los saberes y sentidos repetidos por los medios de comunicación. Aquí habría dos polos posibles: a la reproducción de lo dado, lo sabido y lo establecido se contraponen la creación de un modo activo de percibir el proceso social/ el trabajo con una escritura capaz de generar una práctica significativa (Hernaiz)/ la des-significación/ la contradicción por la fuga y el vaciamiento de significado (Dalmaroni). Y, podríamos agregar, según nuestra perspectiva, a la reposición de los sentidos cristalizados, del imaginario compartido y de lo social entendido como algo exterior a la literatura puede contraponerse la literatura como configuración de una experiencia que no ha sido del todo articulada, que se escapa de “lo fijo, lo explícito y lo conocido”, que todavía se halla “en proceso”, “en solución” (Williams, 2000, p. 150, p. 156).<sup>4</sup>

En tercer lugar, se interrogan **los modos en que los textos se ubican en torno al**

---

<sup>3</sup> Es importante aclarar que no todos los ejes propuestos aparecen en todos los textos, sino que los pensamos como problemas claves que aceptan distintos grados de aparición y múltiples combinaciones.

<sup>4</sup> Aquí recuperamos los aportes de la teoría materialista de la cultura de Raymond Williams (1997, 2000, 2003), fundamentalmente su concepción de la literatura como una actividad social y material que participa en la construcción de la experiencia y testifica los modos en que el “carácter social” es efectivamente sentido en términos de vivencia presente.

**problema del realismo, o cómo conciben la cuestión de la representación**, eje que permite establecer cierta continuidad con determinada zona de la narrativa de los años ochenta y noventa, que ya venía planteando estas discusiones.<sup>5</sup> En este sentido, se oponen textos que recuperan procedimientos del realismo clásico (Hernaiz), textos hiperrealistas (Kogan), novelas turísticas (Dalmaroni), frente a otros textos que cuestionan las posibilidades de la literatura de representar lo real y ensayan diversas exploraciones del realismo. En cuarto lugar, y en estrecha vinculación con el punto anterior, aparece **el trabajo con los géneros**, la apropiación de formatos y recursos propios del fantástico, de la ciencia ficción, de la literatura apocalíptica y/o distópica, no en términos de pertenencia completa o modélica sino estableciendo relaciones libres y distanciadas con esos géneros que se recuperan (Drucaroff), tomando algunos de sus elementos para hacer luego algo diferente, proponiendo usos no normativos, distanciados, anómalos. Por último, también se detiene la mirada en **la potencia crítica de esta literatura**, oponiéndose: las escrituras que son continuidad de la realidad referencial frente a las que sospechan de ella, le piden más explicaciones o la cuestionan (Kogan); los impulsos edificantes versus los peligros ideológicos y los efectos críticos del arte del relato (Dalmaroni). Esta capacidad de proveer “herramientas para repensar” (Hernaiz), o para advertir a la sociedad haciendo de la lucidez su principal herramienta (Drucaroff) es otro de los rasgos que suele destacarse como acierto de esta literatura.

Ahora bien, según los modos en que se transita y resuelve cada uno de estos problemas podría deslindarse una zona más reducida dentro de la denominada “literatura post 19 y 20 de diciembre” caracterizada por su mayor potencia estética y crítica. Entonces, la zona de mayor productividad sería aquella que, en lugar de *componer* un relato, con el matiz de orden acabado que conlleva esta palabra, hace de la literatura espacio privilegiado de *descomposición*. Esta literatura des-compone las referencias e imágenes reconocibles, los discursos y versiones repetidas por la doxa y los medios de comunicación, los modos de la representación realista, los géneros como el fantástico y la ciencia ficción, que cuando son apropiados se reelaboran a partir de estrategias de distanciamiento y múltiples

---

<sup>5</sup> Además, este tema tuvo importantes repercusiones en la crítica literaria argentina, que se ha dedicado a indagar la conformación de la tradición realista en la literatura argentina así como también la vigencia, los límites y las transformaciones del realismo en la narrativa contemporánea. Entre los principales aportes podemos mencionar la publicación de *El imperio realista*, coordinado por María Teresa Gramuglio para la *Historia crítica de la literatura argentina* dirigida por Noé Jitrik (2002), la lectura crítica de este volumen que realiza Miguel Dalmaroni en su artículo “El imperativo y sus destiempos” (en el número 6 de la revista *Anclajes*, 2002), el intercambio producido en las Jornadas “Realismos” que tuvieron lugar en la Facultad de Humanidades y Artes de Rosario (diciembre de 2005), algunas de cuyas participaciones fueron luego publicadas en el *Boletín/12 del Centro de Estudios de Teoría y Crítica Literaria* (2005), y la compilación *Cuadernos del Seminario 2. Realismos, cuestiones críticas* (2013) realizada por Sandra Contreras.

desvíos. Si componer implica en algún punto ordenar y reparar lo desordenado, descompuesto o roto (RAE), esta literatura opera en un sentido distinto: evade la composición de un orden con rasgos de totalidad armónica para instalarse en el núcleo del conflicto social, allí donde los tejidos son desgarrados, donde los parámetros y modos de concebir y estar en el mundo se han desarticulado, desintegrado, dejando a su paso restos amorfos y dispersos que no pueden ser restituidos a ningún lugar. Entonces estas narraciones presentan configuraciones alejadas de lo compuesto y lo ordenado, porque en principio construyen una experiencia de la desintegración y la dislocación —de las subjetividades, de los derechos adquiridos, del trabajo, del territorio, de los lazos de sociabilidad y de la comunidad—, pero además porque se encuentran enlazadas a lo social sentido como conflicto, transformación del estado de cosas, crisis, expectativas de cambio.

Aún cuando algunas clasificaciones y valoraciones de los estudios críticos no coincidan, *El año del desierto* es destacada recurrentemente, siempre ubicada en esa zona de mayor productividad. En este sentido, nos interesa avanzar en el análisis de esta novela para interrogarnos sobre los rasgos que le otorgan ese carácter singular y esa potencia; y proponer algunas hipótesis iniciales que luego deberán ser retomadas en pos de su desarrollo y profundización. Es decir, nos interesa pensar: ¿qué exploraciones ensaya *El año del desierto* que permitirían convertirla en referencia insoslayable al momento de pensar los vínculos de la nueva narrativa con la histórica reciente?, ¿cómo son los modos en que esta novela construye la experiencia de la crisis?

*El año del desierto* se centra en el itinerario biográfico de María, su protagonista, quien recupera retrospectivamente lo que le ha sucedido a lo largo de un año determinado de su vida y los motivos que la han impulsado a partir a tierras extranjeras. La historia de María aparece íntimamente enlazada con la historia del país, los avatares que experimenta su subjetividad —constantemente cambios de apariencia física, nombre, roles, trabajo así como también de casa y cama, hábitat y costumbres— pueden pensarse como las mutaciones que debe atravesar un sujeto en su intento por sobrevivir.<sup>6</sup> En un principio, María se desempeña como la prolija y eficaz secretaria de una compañía de inversión cuyas oficinas se encuentran ubicadas en los altos pisos de la Torre Garay, muestra emblemática de la economía global. En el comienzo de la novela tiene lugar una manifestación que incluye el saqueo de comercios y la represión policial. La protagonista, que estaba en las calles por casualidad y no por un deseo de participación, se ve en medio de explosiones, tiroteos,

---

<sup>6</sup> Elsa Drucaroff considera que, a partir de lo que significó la experiencia del 2001 sobre todo en las generaciones más jóvenes, ha tenido lugar un modo novedoso de pensar las relaciones entre la política y la literatura: “nace el relato de acciones sociales definitivas o definitorias, y protagoniza el héroe social en cuya biografía privada late lo público” (2006). También ha señalado particularmente en el caso de *El año del desierto* que el periplo de su protagonista no supone solo su historia personal, sino la de todo el país.

vidrios rotos, gritos y corridas, experimentando un estado de desconcierto y temor. Es evidente que este episodio puede vincularse con los sucesos de diciembre del 2001, aunque la novela hace ingresar un hecho extraño, que no puede identificarse con una referencia certera y estable sino que funciona en términos alusivos: la intemperie, fenómeno de tipo natural que no termina nunca de explicarse, avanza destruyendo la ciudad, sobre todo sus edificaciones, en una dirección que va de la periferia al centro. El avance de la intemperie desata enfrentamientos internos entre distintas fracciones: la Provi versus la Capi, los que quieren luchar contra la intemperie y quienes pretenden negar su embestida arrasadora. Los habitantes del centro de la ciudad optan por recluirse en el espacio doméstico, fundamentalmente edificios, cerrando y tapiando el acceso a todos aquellos otros amenazantes que huyendo de la intemperie pretenden mudarse a las zonas que todavía no se han visto afectadas. Entonces organizan modos de vivir en esta comunidad cerrada, donde deben repensar las estrategias para abastecerse de alimentos, remedios y servicios, las formas de circulación, los pasatiempos, así como también los mecanismos de control y disciplinamiento: un sistema de defensa, turnos de vigilancia, una cárcel-sótano para los sujetos peligrosos.

Ahora bien en el trascurso de todo ese año, a la vez que progresa el avance de la intemperie, es decir que el territorio, geográfico y edilicio, entra en un proceso de ruina y desarme, la “Historia” del país se reconstruye hacia atrás, el curso de los acontecimientos emprende una ilación retrospectiva donde a los episodios que podían vincularse con la experiencia de la crisis del 2001 le siguen situaciones que aluden a la debacle del gobierno de Alfonsín, la última dictadura militar, el peronismo, la represión a las huelgas anarquistas, el proceso inmigratorio, la campaña al desierto, la fiebre amarilla, el gobierno de Rosas, el caudillismo, los malones, la colonización española y las guerras de la independencia, así hasta llegar a la fundación de Buenos Aires. Entonces la novela también puede pensarse bajo la figura de la descomposición, ya que se yuxtaponen distintos modos del ser des-compuesto: se deteriora el territorio y sus edificaciones, por tanto observamos una descomposición de la ciudad moderna, de los modos de usar, transitar y habitar el espacio urbano; se disgrega el tejido social, transformándose los modos de socialización y las prácticas comunitarias; mutan las formas de hacer política, acrecentándose las prácticas vinculadas con el control de las personas, la persecución y muerte de los sujetos disidentes, así como también los enfrentamientos y guerras entre fracciones internas; se descomponen los derechos adquiridos a lo largo de intensas y activas luchas sociales —los derechos del trabajador, de la mujer, de los niños—, de modo tal que sobre todo los sectores más vulnerables se convierten en objeto de actos de explotación, profanación y violencia.

Si nos detenemos a pensar los modos en que se construye la historia reciente en la novela, y por tanto si avanzamos en el interrogante sobre aquello que la hace una

propuesta singular, podríamos plantear que en *El año del desierto* las configuraciones de la experiencia se distancian de la representación realista asumiendo modalidades oblicuas, indirectas e inciertas, a través de estrategias desrealizadoras y a partir de determinadas elecciones genéricas. Por ejemplo, la mayoría de los trabajos críticos resaltan que *El año del desierto* abreva en la ciencia ficción, trabajando sobre todo su variante distópica y/o apocalíptica, aún cuando haga usos desviados del género, y también se ha señalado cierta apropiación de lo fantástico. En este sentido, la experiencia está construida a partir de la tensión entre lo reconocible —una dimensión referencial que aún cuando no aparezca de modo directo y organizado es susceptible de ser reconstruida— y aquello que disloca el orden de la representación. Sin embargo, y tal como vimos anteriormente, esta tendencia es compartida por toda una zona de la narrativa argentina que, sobre todo en los años noventa y comienzos del siglo XXI, ha configurado lo social a partir de estas opciones estéticas: discusión con el realismo, torsiones desrealizadoras, usos desviados de los géneros.<sup>7</sup> Entonces en este aspecto la novela de Mairal podría ubicarse en una línea de continuidad con otras propuestas estéticas, a la vez que participa de ciertos problemas que han atravesado el campo literario argentino de las últimas décadas.

En *El año del desierto* la crisis aparece configurada a partir de un territorio, una sociedad, un proyecto político de país, una comunidad y una lengua que se encuentran en plena mutación, donde el cambio asume ritmos acelerados y puede ser pensado, tal como ya dijimos, bajo figuras como la descomposición y la desintegración. El elemento predominante para trabajar esta cuestión es fundamentalmente la construcción del tiempo, entendido en varias dimensiones que se tocan y se pliegan, funcionando algunas veces en forma complementaria y otras en dislocación: el tiempo cronológico, el tiempo histórico, el tiempo de la tradición literaria y cultural, el tiempo de los medios masivos de comunicación, el tiempo de la experiencia. Quizás es en este aspecto, la centralidad que se otorga a las temporalidades y cómo se configuran, donde la novela adquiere cierta singularidad y explora su potencia estética y crítica. La novela des-compone el tiempo cronológico, sucesivo, lineal, para trabajar una temporalidad compleja, multiforme, atravesada por vaivenes y tensiones.

La construcción del tiempo se caracteriza por una tensión entre contracción y expansión: si por un lado el año que rememora el relato está detallado con suma precisión —hay una insistencia por marcar, a través de menciones explícitas, los meses, estaciones,

---

<sup>7</sup> Esto ha sido insistentemente señalado por la crítica cuando ha observado los modos en que la narrativa argentina de los años noventa y comienzos del siglo XXI realiza una torsión de su mirada hacia el presente, convirtiéndolo en motivo de reflexión y material de representación (Berg, 2009; Sarlo, 2007; Saítta, 2006). En relación a estas cuestiones se suelen analizar las novelas *La villa* de César Aira y *El aire* de Sergio Chejfec, también podríamos destacar buena parte de la producción narrativa de Marcelo Cohen.

climas a medida que van trascurriendo—, por otro lado ese año compendia todos los años de la historia del país. Por lo tanto en un breve y conciso período de tiempo se contrae una temporalidad amplia y densa, construyendo una dinámica anómala donde los acontecimientos se dotan de suma celeridad y precipitación. La sensación que prima es que todo está cambiando continuamente a un ritmo acelerado y vertiginoso, de modo tal que los hechos se evaden a la posibilidad de examinarlos, de dotarlos de significados estables, de entenderlos. Pero el impulso de cambio aparece acompañado por algunos elementos, imágenes y tópicos con una fuerte permanencia: los enfrentamientos como eje de la “Historia” argentina, por ejemplo la dicotomía civilización y barbarie, recurrente más allá de quienes sean las fracciones que ocupen cada sector; la muerte como una referencia constante, ya sea porque muere algún personaje, se ve pasar un carro fúnebre, o aparecen cuerpos que se muestran rotos y mutilados; los lazos entre los sujetos quienes, aún en las peores condiciones —violencia, hambre, violación, guerra—, trazan vínculos de protección, cuidado, amparo. La descomposición del tiempo es también la desintegración del tejido social, de la política, de la ciudad, de los sujetos y sus identidades, de los relatos y la lengua. Y además es la descomposición de un proyecto de país, que se derrumba a medida que avanzan las ruinas sobre el territorio y la procesión de cientos de cadáveres.

› *Referencias bibliográficas*

- Berg, E. (2009). Los relatos de la ciudad: papeles de trabajo. *Espéculo. Revista de estudios literarios*, (42).
- Dalmaroni, M. (2007). La desproporción. Sobre las novelas de López Brusa y Becerra. *Katatay*, (5), pp. 16-21.
- Drucaroff, E. (2006). Narraciones de la intemperie. Sobre *El año del desierto* de Pedro Mairal y otras obras argentinas recientes. *El interpretador*, (27).
- Hernaiz, S. (2006). Sobre lo nuevo: a cinco años del 19 y 20 de diciembre. *El interpretador*, (29).
- Kogan, M. (2006). Narraciones post 2001: avatares del realismo inverosímil. *El interpretador*, (29).
- Mairal, P. (2005). *El año del desierto*. Buenos Aires: Interzona.
- Saítta, S. (2006). La narración de la pobreza en la literatura argentina del siglo XX. *Revista Nuestra América*, (2), 89-102.
- Sarlo, B. (2007). La novela después de la historia. Sujetos y tecnologías. En B. Sarlo, *Escritos sobre literatura argentina* (pp. 471-482). Buenos Aires: Siglo XXI.
- Williams, R. (1997). *Solos en la ciudad. La novela inglesa de Dickens a D. H. Lawrence*. Barcelona: Debate.

Williams, R. (2000). *Marxismo y literatura*. Barcelona: Península.

Williams, R. (2003). *La larga revolución*. Buenos Aires: Nueva Visión.